

SERMON
DE SAN FELIPE Y SANTIAGO,
APÓSTOLES.

(DE LAZARO GARCÍA.)

CREYERON EN JESÚCRISTO É IMITARON SUS EJEMPLOS.

Nemo venit ad Patrem, nisi per me.
Ninguno va al Padre sino por mí.

S. Juan, c. 14. v. 6.

Hoy nos recuerda el Evangelio á Jesucristo hablando á sus apóstoles y diciéndoles para su instruccion: ninguno va á mi Padre, sino por mí: *nemo venit ad Patrem, nisi per me*. Ninguno puede llegar á la posesion de la bienaventuranza, que consiste en gozar de la presencia del Padre celestial, sino por medio de su enviado Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida; sin que crea en Jesucristo y le imite con sus obras. Inútiles son todos los esfuerzos, las mas rigurosas austeridades y penitencias, las mayores limosnas y obras de caridad con los necesitados y afligidos, la vida mas honesta y honrada segun el mundo, si no tenemos la fe en Jesucristo y creemos y confesamos que él es el Hijo y enviado de Dios Padre y en todo igual al Padre que quiso redimirnos y salvarnos y es inútil tambien nuestra fe; no basta que confesemos y creamos en Jesucristo, Hijo de Dios vivo, si no acompañan las obras y se conforman con nuestra creencia, si no imitamos los ejemplos de Jesucristo y vivimos segun la ley que nos señaló para que merezcamos la gloria. Esto es lo que hoy protesta Jesus á sus apóstoles

y lo que nos enseña á todos diciéndonos: ninguno puede venir al Padre celestial sino por mí.

Los gloriosos apóstoles, cuya memoria celebramos y recordamos hoy con nuestra madre la iglesia, san Felipe y Santiago reinan ya con el Padre celestial y están llenos de gloria y de poder en el cielo; triunfaron de los enemigos de sus almas, y entraron gloriosos en posesion de la patria de los santos, porque se grabó profundamente en sus almas esta máxima fundamental de la religion de nuestro divino Maestro. Creyeron con una fe viva en Jesucristo y pusieron todos sus deseos y sus esfuerzos en imitar sus ejemplos.

¿Qué mas podré decir para formar su elogio, y para que nos movamos todos á creer y acercarnos á Jesucristo como conviene, para llegar al Padre celestial por su medio, para que renazca y se vivifique en nosotros la fe que tenemos tan amortiguada y produzca frutos de vida eterna? Para que nos encendamos en el celo de la honra y gloria de Dios y de la religion de Jesucristo como los apóstoles que veneramos en este dia? A este fin encaminaré mi discurso, que será un sonido que pasa y se disipa, si vos, Señor, no os dignais acompañar á mis palabras los auxilios de vuestra gracia. Reconociendo nuestra indignidad y miseria, os lo pedimos con confianza por la intercesion de la Reina de los apóstoles y madre nuestra, María santísima, á quien saludamos con el ángel: *Ave Maria*.

Nemo venit ad Patrem...

Mundo corrompido y seductor, ¿qué son tus promesas, tus glorias, tus diversiones, tu ciencia y todo lo que ofreces á tus seguidores entre los deleites llenos de amargura con que los brindas? ¿En qué paran tus grandezas, tus brillanteces y esos anchurosos y desahogados caminos que abres á los necios que no conocen su bien? Sin Jesucristo, sin ir guiados por Jesucristo, sin entrar por la puerta del redil, que es Jesucristo, sin creer y confesar á Jesucristo por nuestro Salvador y Redentor, podremos disfrutar placeres, diversiones, riquezas, comodidades, los bienes aparentes y caducos del mundo; pero no podremos conseguir la dicha de unirnos al Padre celestial, de llegar á Dios y entrar en la posesion de la gloria. ¡Dichoso aquel que cree y confiesa á Jesucristo y sigue en pos de Jesu-

cristo! Su felicidad será inamisible y eterna, y sus bienes y consolaciones sobre todo encarecimiento.

Así lo hicieron los apóstoles san Felipe y Santiago. Simon, que despues se llamó Pedró, y Andres su hermano, oyeron al Bautista que Jesus era el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, el Mesías prometido, y le siguieron inmediatamente. Pasa Jesus á Galilea, encuentra á Felipe y le dice: *sigueme*, y sin mas exámen, sin mas dilacion, sin mas consejo, sin mas precedente, lo abandona todo y sigue á Jesucristo. ¿Pero qué ve en Jesus ó qué reconoce en Jesus para resolverse tan decididamente á seguirle? Sus ojos no ven sino á un hombre como los demas, y sin embargo le reconoce por el verdadero Hijo de Dios. Sus ojos no descubren sino á un pobre, descalzo, mal vestido, sin ostentacion, sin séquito, sin grandeza, despreciado de todos y reputado por hijo de un artesano, y su alma, no obstante, ve y reconoce en Jesus al Mesías verdadero anunciado de tantas maneras y suspirado por tantos siglos; al que ha de ser el Redentor y la salud de todas las naciones y de todos los pueblos. Ve á un hombre desvalido, sin autoridad, sin apoyo, de quien nada puede prometerse en este mundo, y lo abandona todo; pide licencia para ir á enterrar á su padre, y Jesus le dice: *Que deje á los muertos que entierren á sus muertos*, y basta para que con la mayor prontitud deje á otros el cuidado de dar sepultura á su padre, y siga en pos de Jesucristo. Pero es poco para Felipe seguir constantemente á Jesucristo; desde que le halla y confiesa y reconoce por el Mesías prometido, se llena de gozo su alma y nada desea, por nada suspira, sino porque todos le reconozcan y confiesen. Encuentra poco despues de estar en la escuela y seguimiento de Jesus á Natanael, y le dice: He tenido la dicha de hallar á aquel de quien tanto ha hablado Moises en los Libros de la ley, de quien tanto nos han anunciado los profetas. Ya hemos encontrado y tenemos entre nosotros al Salvador, y este es Jesus, conocido por el hijo de José el de Nazaret. No es apóstol, no le ha confiado Jesus el encargo de predicar su nombre á los demas, y ya llama á Natanael y quisiera que todos reconociesen á Jesus por el enviado de Dios para salvar á los hombres.

El mundo se asombrará al ver un prodigio de fe tan viva y eficaz, ó mirará esta conducta como una temeridad y locura: pero el cristiano reconoce un don de Dios, una providencia

singular, la virtud del Espíritu santo, que es el autor y dador de la sabiduría y conocimiento verdadero, la gracia del Señor tan poderosa y tan suave que iluminó y atrajo al conocimiento y seguimiento de Jesus á san Felipe; y de un honrado y respetado artesano de Betsaida, ciudad de Galilea, formó un ilustrado y celoso apóstol. Nosotros como cristianos alabaremos y engrandeceremos á san Felipe, porque tuvo la dicha de creer en Jesucristo y llegar por su fe al Padre celestial.

Santiago, ¿no es este el hijo de Alfeo, el llamado y conocido por el *Justo*? ¿No era pariente muy inmediato de Jesus y consagrado al Señor por sus padres desde antes de nacer? ¿No siguió toda su vida la regla de los Nazareos y era admirado y venerado por su retiro, su pureza, sus ayunos, sus penitencias extraordinarias y su oracion continua? ¿Cómo podía ménos de ilustrarle Jesucristo con el don de su fe? ¿No vivió y trató familiarmente con Jesus de quien el Evangelio le llama hermano? ¿Cuál pues seria su fe y prontitud para reconocer y seguir á Jesucristo como al Mesías por quien tanto suspiraban las naciones? Digamos y confesemos que los esclarecidos apóstoles san Felipe y Santiago creyeron con una fe viva en Jesucristo.

Veamos tambien como pusieron todos sus deseos y sus esfuerzos en imitar sus ejemplos. ¿Podria dejar de encender á los demas el fuego en que estos apóstoles estaban inflamados? Despues que descendió sobre ellos el Espíritu santo ¿tuvieron otro empeño que el de llevar la luz del Evangelio á todo el mundo? Felipe corre por regiones desconocidas y distantes recordando á todos el aviso que dió á Natanael: *invenimus Jesum*. Ya ha venido el Salvador de los pueblos y es preciso derribar todos los ídolos y vivir segun su religion. Predica en la Francia, en las dos Frigias, en la Escitia. En Hierápolis, ciudad de la Frigia capaciana, hizo pedazos la estatua de una monstruosa víbora á quien adoraban, convirtió á la fe aquellas gentes y fundó una floreciente iglesia. En toda el Asia superior ganó innumerables almas para Jesucristo, siendo tanto mas admirable, cuanto que la Escitia en la que fué elregonero del Evangelio, se reputaba por el pueblo mas bárbaro, mas intratable y mas inhumano. En la misma ciudad de Hierápolis estableció su metrópoli y desde allí hizo que todas aquellas regiones se convirtiesen á la verdadera fe y abrazasen con ella el fervor y la piedad cristiana. Santiago quedó en Jerusalem; pero no por eso

fué ménos gloriosa la carrera de su ministerio. San Gerónimo y los antiguos santos Padres aseguran que el mismo Jesucristo le eligió para obispo de Jerusalem, y que los apóstoles declararon esta eleccion que Jesucristo habia hecho, que es lo que llaman la ordenacion de Santiago por los apóstoles. En verdad que no era necesario ménos virtud, ménos celo, ménos fe viva para anunciar á Jesucristo y gobernar la iglesia de Jerusalem en medio de los judíos, enemigos furiosos de Jesucristo, que para ir á predicarle á los países mas remotos. Á Jerusalem acudian siempre los judíos de todas las partes del mundo, y con mas frecuencia y una particular ansia en aquellos años, por saber del Mesías y por la creencia comun en que estaban de que habia llegado ya el tiempo de darse á conocer el Redentor de Israel. Santiago predica á Jesucristo y su doctrina á los mismos que le crucificaron y persiguieron, y logra que los judíos se conviertan; deja de ser para ellos la cruz un escándalo y entre las ruinas de la Sinagoga se levanta una iglesia de siervos fieles de Jesucristo.

Peró ¿de qué medios se valieron estos ministros del Señor para sus prodigiosas conquistas? ¿Van provistos de grandeza y poder, de recursos humanos; de la proteccion de los grandes y poderosos; ofrecen ventajas á sus prosélitos; les anuncian una religion cómoda, conforme á sus inclinaciones, á sus placeres, á sus deleites, á sus usos y costumbres? No, hermanos míos, no tienen, ni quieren, ni reconocen otras armas ni recursos que la imitacion de Jesucristo. Creyeron en él con fe viva, y pusieron todos sus esfuerzos en imitar sus ejemplos. La pobreza, la humildad, la paciencia, la oracion, aquella dulzura afable que sabe ganar los corazones para Dios, aquel fervor para emprenderlo todo, propio del celo que viene de Dios, aquella fortaleza para resignarse con todo género de tribulaciones y trabajos; hé aqui los medios de que se valen para extender el reinado de Jesucristo. Preciso era que imitaran á Jesucristo para poder inculcar á las gentes que le imitasen, y sin sus ejemplos hubieran sido inútiles sus palabras. Felipe le predica con constancia hasta dar su vida por él en una cruz, en que espiró á manos de los enemigos de la nueva religion, encomendando á Dios á su alma y á su pueblo, y rogando como su Maestro, por sus mismos verdugos y perseguidores. Santiago, mas bien que con sus palabras, predica á Jesus con su vida santa, irrepreensible, admi-

rable. Su ayuno perpetuo, sus piés descalzos, su penitencia que le hacia parecer mas bien un esqueleto que un hombre vivo, el fervor de su espíritu recordando siempre que estaba dedicado á Dios, su oracion continua, porque se le veía en el templo pidiendo á Dios por el pueblo y clamando por su salvacion, tanto que llegó á criar en sus rodillas unos callos tan duros como los de un camello; su pureza virginal, su privacion y abstinencia del vino, y su comida de legumbres le conciliaron una autoridad y estimacion extraordinaria, y le hicieron respetable hasta de los mas enfurecidos judíos.

Jesucristo nada mandó ni encargó con mas instancias á sus discípulos, que su union y confraternidad, que el que se amasen. Padre mio, decia en las súplicas que presentó á su Padre en la noche de la última cena, conserva en tu nombre á todos los que me has dado para que sean todos uno solo, así como lo somos nosotros. Pues Santiago conserva tal union y concordia entre los fieles de Jerusalem, que san Lucas nos dice que uno solo era el corazon, y una sola era el alma de la multitud de los creyentes. Manda Jesucristo orar, pues Santiago ora sin intermision, se carga con los pecados de su pueblo y se presenta al Señor para alcanzar la misericordia. ¿Está en prisiones el príncipe de los apóstoles, y Heródes va á dar con él un espectáculo sangriento á los judíos como habian hecho poco ántes con Santiago el Mayor? Pues Santiago el Menor manda que todos los fieles de su iglesia eleven todos los días y no interrumpen por las noches sus preces al Señor, y Pedro salió libre de sus prisiones por el ministerio de un ángel. ¿Manda Jesucristo que le sigamos por la cruz y los trabajos hasta dar la vida por él? Pues Santiago no vaciló en confesar á Jesucristo y aceptar la muerte que fraudulentamente le dieron los escribas y fariseos, precipitándole desde lo mas alto del templo, apedreándole, disparando sobre él una espesa nube de piedras, y concluyéndole de matar descargando un furioso golpe sobre su cabeza. ¿Manda Jesus perdonar y amar ó los enemigos? Pues Santiago no despliega su boca, ni se oyen en su muerte otras voces, que las del *Justo* que pide el perdon para sus enemigos, y los clamores de los fieles que lloran su pérdida y confiesan que Jesus es el Dios verdadero.

Felipe y Santiago imitaron á Jesus en su vida y en su muerte, se hicieron semejantes á Jesucristo, y por eso llegaron por

él al Padre celestial y gozan de la felicidad eterna que prometió el Señor á sus ministros.

Tambien nosotros creemos en Jesucristo; nosotros tambien, amados mios, hemos tenido la dicha de ser alumbrados con las luces de la fe y de reconocer y confesar á Jesucristo por el Mesías verdadero, por nuestro Salvador y Redentor. Pero ¿ es nuestra fe tan viva, tan fervorosa, tan pronta y tan llena de celo como la de nuestros santos apóstoles? ¿ Engendra en nosotros un amor á Dios, un desapego y desprecio de los bienes terrenos tal, que estemos prontos á dejarlo todo por seguirle por los caminos que nos señale? ¿ Ardemos en deseos de que las naciones y los hombres todos reconozcan y adoren á Jesus por el Hijo verdadero de Dios? ¿ Qué aprecio hacemos de nuestra fe, de este don inestimable, que es el principio, el fundamento de nuestra justificacion y nuestra dicha, y sin la que es imposible que agrademos á Dios? Creemos en Jesucristo, le conocemos y confesamos por nuestro Dios: ¿ Pues por qué inconcebible contradiccion con nosotros mismos, no le amamos, no le servimos, y no imitamos sus ejemplos? ¿ Creemos que para llegar al Padre celestial nos basta creer en Jesucristo, aunque nuestras obras sean contrarias á Jesucristo? Entónces no tendrán que temer los que viven en la disipacion y corren sin freno en seguimiento de sus pasiones. No tendrán que temer los que desprecian la ley de Jesucristo, y se entregan á la disolucion y los escándalos; los que desacreditan con sus costumbres criminales á Jesucristo; los que no tienen de cristianos mas que el nombre, y son la deshonor del cristianismo. Entónces no será verdad que la fe sin obras es una fe muerta como los apóstoles nos lo enseñaron con sus escritos y sus ejemplos. Creer en Jesucristo, y no vivir segun Jesucristo, es una fe estéril, inútil, una fe que servirá para mayor tormento, una fe semejante á la de los demonios que creen y se estremecen.

Conozcamos y apreciemos el don de la fe con que nos ha favorecido el Señor, separándonos por su bondad de tantas naciones bárbaras, que no le conocen ni le adoran; este don sin el que seríamos eternamente desgraciados, porque no podríamos llegar á unirnos al Padre celestial, que es en lo que consiste la felicidad verdadera y eterna. Hagamos que viva en nosotros esta fe por la vida que la da la caridad, por las obras de virtud, por unas costumbres conformes con la fe que profesa-

mos, imitando á Jesucristo y siguiendo sus ejemplos como los santos apóstoles. Estos creyeron en él, le imitaron, le siguieron y nada desearon tanto como extender su fe y la religion entre los hombres, anunciando su doctrina y practicando en sí mismos sus preceptos. Si se hubieran contentado con creer, ni gozarian hoy de la gloria, ni los veneraríamos como santos. Sigamos sus ejemplos; avivemos nuestra fe, y si creemos en Jesucristo empecemos á amarle, y si le amamos tendremos tambien el celo de sus apóstoles: suspiraremos, trabajaremos, haremos cuanto esté de nuestra parte con nuestros ejemplos, nuestras exhortaciones y consejos, con nuestra autoridad para que los demas le amen y confiesen por el Hijo verdadero de Dios. Así nos acercaremos á Jesucristo, y por él llegaremos al Padre en donde hallaremos el descanso, la salud y la felicidad.

Nuestro deber, nuestro oficio de cristianos, nuestro propio interes no es otro que creer en Jesucristo, é imitar sus ejemplos: nuestra obcecacion y el apego á los placeres del mundo nos extravía y no nos deja ser consiguientes en nuestra fe, de que tanto nos gloriamos; pero desde ahora nos resolvemos á atender con seriedad á ajustar nuestra vida á la ley de Jesucristo que profesamos, y á procurar que todos le confiesen y adoren.

Favoreced, ilustres apóstoles, favoreced nuestra resolucion; interceded con el Señor para que nos asista con sus auxilios, dispensadnos vuestra proteccion, y sirvan vuestros ejemplos para encendernos en vuestro celo. Rogad por nosotros para que llegádonos á Jesucristo en esta vida por una fe viva, y por la imitacion de sus ejemplos, nos unamos despues con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en la gloria, y cantemos todos las divinas alabanzas por los siglos de los siglos. Amen.